

000 202984

1834-1904

## Como en Santiago

3333

De Daniel Barros Grez. Escrita en 1875. Adaptación del grupo Quime—Quipán. Dirección: Rodrigo Marquet. Elenco: Angélica Martínez, Jeannette Bravo, Valeria Alarcón, Francisco Martí, Ricardo Herrera, Jaime Arcuch, Cristián Errandonea. Estreno Galpón de Los Leones.

Especie de compendio y acaso el mejor ejemplo del teatro costumbrista chileno, esta obra ha sido "parada" en escena por diversos grupos y con dudosos resultados. Tan dudosos, que el espectador avisado suele asociarla a una comedia radial de tono menor con aire provinciano, no obstante, su texto contiene un vocabulario, un manejo de situaciones, un sentido del humor, un barroquismo deliberado, y una ironía de doble filo que es cosa seria.

La acción se desarrolla en un pueblo, y en el corazón de una familia alcaldía que quiere ser y parecer todo el rato a los usos y costumbres y posibles estilos de vida de la capital, el gran Santiago. Es la familia de don Victoriano y doña Inés, que tiene una hija medio *brujilda* y una sobrina buena y sufriendo como en el cuento de *La Cenicienta*. La hija, Dorotea, supuestamente ama a Valerio, amado a su vez —en serio— por la sobrina mártir Inés. Pero llega un diputado santiaguino, don Faustino, lleno de promesas y perfumes de la capital —además de la intención velada de hacer negocios *non santos* con el arriendo de un fundo— que da un serio respingo a toda la cuestión.

La visita trastorna la vida entera del *familión*. Don Faustino trae la presencia de los usos sociales de la capital. Sabe de bailes, de cómo se hacen los paseos, y cómo también suele conducirse la gente en la Filarmónica. Consta que es "al vapor, niña, al vapor" como se manejan los asuntos amorosos en Santiago. Y es un tímido de tomo y lomo, pero poco importa eso a los provincianos. Lo importante es casarlo con



Los protagonistas del montaje comic.

Dorotea, *plantarlo* al centro de su círculo, sentirlo cerquita.

Barros Grez retrata con agudeza las conductas y aspiraciones y maneja con habilidad los diálogos. Da pocas indicaciones frente a elementos escenográficos, al cómo deben desplazarse los actores, a sus rasgos físicos. Es un autor más verbal que visual, de manera que deje un tramo ancho a la imaginación.

Y es justo eso: imaginación, lo que abunda en este montaje de jóvenes vitales que transforman la obra en un entretenido cuento, coreografía, parodia, gestos, expresión corporal, y movimiento, donde no están ausentes ni los *match* de box, juegos de esgrima, pasos de tango y doma de leones mientras fluyen las palabras.

Desde el comienzo, cuando los personajes aparecen maquillados como con las máscaras del teatro chino o con miradas galácticas, vestidos con camisas de dormir *nylon* azul, mallas de gimnasia, y rodilleras con estrellitas, se debe convenir que viene un espectáculo eléctrico, con cierto aire de locura. Faustino entra con paso felino —que todos imitan, por cierto—, torrado con una capa de leopardo, con la cabeza engomada en *gel* con brillos, labios pintados y

un cierto aire de vampiro. El escribano es un enano de magnífica máscara que escribe arriba de un piso —la única escenografía— y con una pluma gigantesca de palmera, arriba de la que se queda dormido cuando sobreviene la *lata* o el sopor. De pronto, y sorpresivamente por el lado izquierdo del escenario entra un puño gigante y amenazador. Simplemente una mano inmensa de género. Todo es enloquecido, todo como en los *comics* en esta puesta.

El ritmo de actuación tiene un airecillo frenético, histérico casi que —cosa rara— inyecta oxígeno saludable a un texto, que no obstante, se mantiene fiel al original y cobra curiosa actualidad. En su discurso el *cabildante* Victoriano se mantiene aferrado uñas y dientes a su gobierno de trece años, y se molesta con los *rojos* por "ese condenado afán de hacer oposición". Su hija Dorotea maneja el lenguaje del absurdo cuando, refiriéndose a que nadie serio e importante puede casarse con una mujer que usa guantes color *patito*. "Una mujer así no puede amar", grita, con la cara pintada como mono, el pelo amarrado con aire de pájaro, en una interpretación de deliciosa y disparata-

da gracia de Jeannette Bravo.

## Actuaciones

En general la actuación es parejamente proporcional a esta cuerda delirante, y considerando que todo el montaje se remite a la parodia. Parece increíble, a ratos, estar frente a un Barros Grez. Pero al leer nuevamente la obra con ojo atento y actitud respetuosa, se asiste con sorpresa a la fiabilidad de los diálogos, y a un texto muy potenciador en sus matices. Seguramente para los amantes del costumbrismo clásico y la comedia tradicional, el trabajo de *Quime—Quipán* puede parecer una herejía y un abuso de libertad. Desde ya, la obra no cuenta con el auspicio porque no se la consideró cultural, ni tampoco con sala porque el grupo es muy joven y seguro no podrá costear este montaje, ni el 20 por ciento adicional del IVA.

Está claro que no estamos aquí frente al *desideratum*, ni a la mejor manera de mirar un montaje, o una obra de Barros Grez, o Armando Moock, o Germán Luco Cruchaga, o cualquier otros de nuestros inveterados costumbristas. Porque este es un espectáculo muy distinto, y porque *Quime—Quipán* a ratos excede las tintas de su propia fantasía. Pero todo esfuerzo revitalizador de un texto condenado al olvido o a montajes mediocres —sobre todo tratándose de una obra de un autor chileno del siglo pasado— merece aplausos si logra entretener, cautivar la atención, devolver la mirada a lo que somos, y develar los vicios y virtudes que nos aquejan.

El trabajo febril de este joven grupo lo logra —habría que destacar la mano del director Rodrigo Marquet—. Y eso, sólo eso, ya es suficiente.

LUISA ULIBARRI